

Daniel Oyarzabal

“EL ÓRGANO, LA MÚSICA SINFÓNICA Y LA PERCUSIÓN SON MI PASIÓN”



Noah Shaye

No busquen más, no hay ningún otro disco como este. Me refiero a un disco con obras sinfónicas arregladas para órgano y con acompañamiento de percusión. Según su creador, Daniel Oyarzabal (Vitoria, 1972), organista de la Catedral de Getafe y organista principal de la OCNE —entre otras muchas actividades—, es un recorrido vital (por su vida, claro) que viene

gestando desde hace veinticinco años y en el que aúna sus tres grandes pasiones: el órgano, la música sinfónica y la percusión. Los arreglos son suyos, salvo el de la sinfonía de la *Cantata Wir Danken Gott BWV 29*, que es de Marcel Dupré (en el del *Capricho español* ha colaborado Israel Ruiz de Infante).

¿Está de acuerdo en lo de recorrido vital?

Desde luego. O quizá, para ser más precisos, el programa es una representación de las cosas que me importan en la música, un resumen de lo que he hecho en ella a lo largo de mi vida. Soy una persona muy inquieta y desde que era pequeño he practicado todo tipo de estilos, desde el jazz a la música africana. Pero la música sinfónica, ser melómano, la percusión y el órgano son las que más me han marcado, mi pasión.

Quién no le conozca y vea las obras que figuran en el CD pensará que se trata de un cajón de sastre, en el cual no hay mucha lógica.

Las piezas que más pueden despistar son las de Bach. Bueno, y ver ahí metido a Guridi. Las demás son, en realidad, como un repertorio de concierto sinfónico. Sin embargo, en un disco recopilatorio de órgano no puede faltar nunca Bach. Por eso he incluido dos piezas tuyas que son transcripciones, una hecha por él mismo y otra, por Dupré, ya que el leitmotiv del disco es la transcripción.

A Guridi lo mete por obvios motivos de paisanaje, pero el programa resulta muy español al figurar el *Capricho* de Rimski-Korsakov y el *Bolero* de Ravel.

No ha sido casualidad, claro. Pero no los he incluido solo por su temática española, sino porque son obras en las que la percusión tiene un color especial. El *Bolero* no tiene sentido si no hay caja y el *Capricho*, sin ese escándalo del principio con el bombo, el plato y las castañuelas, tampoco. Quería que el disco tuviera un marcado toque español. De hecho, también arreglé *España* de Chabrier, aunque finalmente tuve que descartarla. Por el *Capricho* siento un enorme cariño, pues de niño lo tocaba con la banda municipal.

Cuando decide que tiene que haber percusión, me imagino que inmediatamente piensa en Juanjo Guillem y Joan Castelló.

Un huevo frito se puede hacer bien o se puede hacer mal, hay muchas maneras de hacerlo... Yo quería que el disco tuviera calidad y por eso pensé en percusionistas de calidad. Guillem y Castelló son enormes percusionistas, y cada instrumento lo tocan con un nivel de excelencia insuperable. De un simple golpe hacen algo realmente mágico. Yo reivindico siempre la percusión, no solo porque de joven estuviera a punto de dedicarme por completo a ella, sino por la enorme importancia que tiene, aunque algunos no sean capaces de verla.

¿Se considera un percusionista frustrado?

Frustrado, no, para nada, porque puedo tocarla cuando quiera. Y seguramente, cuando pasen los años y disponga de algo más de tiempo, me imagino a mí mismo tocando la batería y haciendo mucha percusión. Digamos que soy un percusionista latente. Un percusionista de corazón y de espíritu...

¿Cuántas veces hicieron el programa antes de grabarlo?

Lo hicimos en el Auditorio Nacional, en el Euskalduna, en la Quincena de San Sebastián y en Vitoria. Es un programa pensado para auditorios, por el órgano y por la sonoridad. Hay órganos maravillosos en iglesias, pero es difícil tocar en ellas. Primero, porque en algunas rechazan obras como estas. Una vez quise hacer el *Bolero* de Ravel en una, pero no me autorizó el deán.

Lo relacionaría, seguro, con aquella película que protagonizó una Bo Derek ligera de ropa...

¡Qué le voy a decir! Desde luego, no es una obra que tenga una temática sacra... A lo que íbamos: esto está pensando para grandes auditorios, no solo de España, sino de países como Alemania, donde estos programas gustan mucho.

¿Cuántos años le llevó hacer los arreglos?

No sabría decirle. He ido poco a poco, cuando disponía de algo de tiempo libre, porque no me puedo permitir el lujo que tomarme un mes para ponerme a hacer arreglos. Tenía también unos de Prokofiev que tampoco entraron. Cuando sí me metí de lleno a completar el programa fue cuando surgió la posibilidad de hacer un concierto en el Auditorio Nacional.

De los que están en el disco, ¿cuál fue el primero?

El *Bolero*, porque es una obra que me encanta. Primero lo toqué junto a la Orquesta de Castilla y León, cuando se inauguró el órgano de la Catedral de León. Luego, lo arreglé y luego, hará cosa de seis años, lo toqué también allí junto a Joan Castelló. Lo recuerdo como un momento mágico.

¿Por eso decidió grabar el disco en la Catedral de León?

Fue un motivo importante, sí. Pero también, por el órgano, por los colores singulares de este instrumento. Y por la acústica del templo, que es muy particular. Esto, en otra catedral, como la de Madrid, habría sido inviable.

Me ha dicho que ha tenido que dejar algunas obras fuera... ¿Habrá segunda entrega?

Hay material y hay ganas de hacer una segunda entrega. Casi le puedo asegurar que la va a haber. Lo que no sé decirle es cuándo, porque con el ritmo de trabajo que llevo es imposible hacer planes. No olvidemos que este CD empecé a pergeñarlo hace veinticinco años, después de escuchar a la Orquesta Sinfónica de Euskadi hacer *Los planetas*. Ese mismo día dije que quería grabar un disco de órgano y percusión.

LAURA CHACEL